



Traducción

La mentalidad medieval de Vladimir Putin

Quillette

Por Jonathan Kay

En 1338, cuenta la historia, un notorio exiliado francés llamado Robert de Artois entró pavoneándose en el palacio londinense del rey Eduardo III, llevando una garza disecada en una bandeja de plata. "Despejen el camino, miserables fracasados", dijo a los señores reunidos. "Tengo una garza... el pájaro más cobarde de todos los pájaros... Y como es cobarde, es mi intención darle la garza al más cobarde que viva, o haya vivido: ese es [el Rey Eduardo], desheredado de la noble tierra de Francia de la que era legítimo heredero".

Solo un loco le hablaría así a un rey medieval. Pero según cuenta la historia, Edward fue castigado, recordando su derecho a la corona francesa (en su calidad de nieto de Felipe IV). "Ya que me arrojan 'cobarde', debería defenderme", dijo el rey. "Hago voto y prometo a Dios en el cielo y a su dulce Madre, que lo alimentó, que antes de que termine este año... cruzaré el mar, mis súbditos conmigo, y... prenderé fuego al país y allí esperaré mi enemigo mortal, Felipe [VI] que lleva la flor de lis".

The Vows of the Heron es ficción, una sátira flamenca de la sed de sangre inglesa que alimentaría la Guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia. En el poema, no es solo Edward quien está atrapado en el espíritu belicoso, sino todos los lores y damas que lo rodean, cada uno describiendo la carnicería que se avecina como una expresión de amor, coraje y espíritu cristiano. Walter de Manny (quien demostraría ser un soldado de fortuna especialmente brutal) se compromete a incendiar una ciudad francesa "alguna mañana, y yo destruiré esa ciudad y mataré a la gente y los dejaré con la boca abierta". Otro declara que "no perdonaría la iglesia ni el altar, ni a ninguna mujer embarazada que pudiera encontrar". Incluso la reina embarazada declara macabramente "que mi fruto nunca abandonará mi cuerpo hasta que me hayas llevado a [Flandes]. Y si está listo para nacer antes de ese tiempo, me mataré con un gran cuchillo de acero. Así se perderá mi alma, y perecerá el fruto."

Como todas las grandes obras de sátira, Los votos de la garza ha envejecido mucho mejor que la propaganda que satirizaba. Y aunque los lectores flamencos del siglo XIV podrían haberlo apreciado como una comedia negra, también había un trasfondo aterrador que sigue siendo válido hasta el día de hoy: en tiempos de guerra, los dictadores invariablemente disfrazan actos sádicos de agresión con pretextos ennoblecedores. A pesar de las grandes afirmaciones y pretensiones caballerescas de Eduardo III, su campaña en Francia y los Países Bajos consistió en gran parte en terrorismo de tierra arrasada. Durante la chevauchée de Enrique de Grosmont de 1346, por citar solo un ejemplo, los ingleses pasaron más de una semana saqueando Poitiers y masacrando a los habitantes. Numerosas iglesias y prioratos fueron destruidos, sus clérigos fueron pasados a espada o retenidos para pedir rescate. Sin embargo, este era el mismo Henry que sería celebrado en su tiempo como un héroe de guerra, y más tarde en su vida como un devoto autor y penitente cristiano.

El auge del nacionalismo ha significado que los dictadores ya no pueden exagerar las guerras de agresión abierta usando el lenguaje de la ambición personal o dinástica: el método moderno es



presentarse como el campeón de alguna comunidad históricamente victimizada que ha sido despojada de su dignidad y sus tierras. Sin embargo, la fijación de Vladimir Putin por recuperar antiguas glorias soviéticas y volver a dibujar mapas de una manera que corrija injusticias imaginarias es un reflejo que los belicistas y satíricos de Plantagenet encontrarían reconocible. Lo mismo ocurre con los ataques de Putin contra objetivos civiles y su aparente plan para rodear los centros de población de Ucrania. Eduardo III mató de hambre a Calais. Y Putin puede hacer lo mismo con Kiev.

Hace una semana, Putin trató de justificar su invasión no provocada acusando a las naciones occidentales de un complot para destruir Rusia mediante la invasión territorial y la “degradación y degeneración” de los valores eslavos tradicionales. Putin también sugirió que el gobierno de Ucrania está dirigido por neonazis que libran un “genocidio” contra los ciudadanos de habla rusa. Todo esto es tan espectacularmente deshonesto que uno apenas puede imaginar que alguien lo crea. (Ambos padres del presidente de Ucrania, Volodymyr Zelenskyy, son judíos. Y al menos cuatro de los parientes cercanos de su abuelo paterno murieron en el Holocausto). pobreza asociada con la desintegración de la URSS. Es una mentalidad atávica que privilegia el honor y la venganza, al tiempo que asigna a civiles inocentes al papel de actores secundarios de la historia. Y por muy mal que se pongan las cosas para las fuerzas rusas en Ucrania, es difícil ver a Putin retrocediendo, ya que todo el desastroso proyecto parece haberse envuelto en su concepción medieval de sí mismo como el salvador de Rusia.

En las últimas horas de la monumental victoria de Eduardo III en Crécy en 1346, el rey Juan de Bohemia galopó en medio de una lluvia de flechas y espadas inglesas, para poder dar un solo golpe de su espada a un soldado enemigo antes de morir, un acto de suicidio que el rey ciego prefirió a la desgracia que seguiría a la derrota. (“Absit, ut rex Boemie fugeret”.) Mi propia opinión es que John era algo así como un psicópata, ya que no solo desperdició su propia vida en una posdata sin sentido de una batalla que su lado ya había perdido; pero también la vida de sus compañeros, todos cuyos caballos fueron amarrados con cuerdas a la montura del rey durante esa carga final. Pero para la mente medieval, la vida sin honor estaba perdida, razón por la cual "Jean l'Aveugle" se convirtió en un héroe nacional para algunos; mientras que el rey francés Felipe VI, que sabiamente se retiró cuando Crécy se convirtió en una derrota, fue enterrado como un fracaso. Ante la posibilidad de elegir entre estos dos modelos a seguir de la era eduardiana, estoy bastante seguro de cuál elegiría Putin. Y realmente no creo que le importe cuántas personas estén atadas a su caballo cuando haga su última carga.

En las líneas finales de *The Vows of the Heron*, el autor proporciona un final optimista y simulado, señalando que, si bien "muchos hombres buenos morirán" en la guerra que se avecina, la reina sí dio a luz a un niño saludable en Amberes, lo que le permitió para “cumplir su voto”. Que Putin no reconozca que esto es una sátira me asustaría incluso si no fuera por el hecho de que este señor de la guerra del siglo XXI está armado con armas un millón de veces más destructivas que los arcos largos y catapultas.